

EL PROYECTO POLÍTICO DEL MARQUÉS DE LA ENSENADA



UNIVERSIDAD
DE LA RIOJA

Prof. Dr. José Luis Gómez Urdáñez
Catedrático de Historia de la Universidad de La Rioja

EL PROYECTO POLÍTICO DEL MARQUÉS DE LA ENSENADA

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO 2008-2009
Logroño, 29 de septiembre de 2008

Universidad de La Rioja

Gómez Urdáñez, José Luis

El proyecto político del marqués de la Ensenada / José Luis Gómez Urdáñez.

[Logroño] : Universidad de La Rioja, Servicio de Publicaciones, 2008.

24 p. ; 21 cm.

Lección inaugural del curso académico 2008-2009

ISBN 978-84-96487-35-2

1. Ensenada, Zenón de Somodevilla y Bengoechea, Marqués de la.

2. España – Historia – 1746-1759.

3. España – Política – s. XVIII

I. Universidad de La Rioja. Servicio de Publicaciones

929 Ensenada, Zenón de Somodevilla y Bengoechea, Marqués de la

94 (460) “17”

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, bajo ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, ni por fotocopia o grabación, ni por ningún otro sistema de almacenamiento, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© 2008

José Luis Gómez Urdáñez

Universidad de La Rioja

Servicio de Publicaciones

ISBN 978-84-96487-35-2

Depósito Legal:

Diseño: Servicio de Comunicación de la Universidad de La Rioja

Imagen de portada: copia del siglo XIX, propiedad del Marqués de Fuerte Hija

Imprime:

Majestades.

Permitidme compartir el honor de pronunciar esta primera lección con las Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades que nos acompañan en este solemne comienzo del curso, en el que nuestra universidad tiene el privilegio de contar con la presencia de Vuestras Majestades. Un honor que he merecido de mi querido Rector Magnífico, que estoy seguro que agradece, como todos mis ilustres compañeros del claustro, vuestra presencia.

Una ocasión así invita a mostrar que la universidad no es sólo un mundo de conocimientos científicos y tecnológicos, sino también el lugar donde se rinde tributo a la memoria histórica y en el que se mantiene vivo el recuerdo de los valores de la tierra y de sus hombres más ilustres. Nada mejor por ello que dedicar esta lección a glosar la vida y el proyecto de un hombre de honor, riojano, reconocido universalmente por haber sido uno de los grandes ministros de la Monarquía Hispánica: don Zenón de Somodevilla y Bengoechea, más conocido por el título que le dio Carlos III en Nápoles: el marqués de la Ensenada.

El que iba a ser ministro de cuatro secretarías, consejero de Estado con tres reyes, calatravo, sanjuanista, Toisón de Oro, Gran Cruz de Malta ...y Hermano Mayor de la Cofradía de Valvanera de Madrid a perpetuidad, nació pobre. El lugar de su nacimiento no debe ya provocar más polémica, pues con toda seguridad, don Zenón nació en Hervías, donde se le bautizó por primera vez el 25 de abril de 1702. Poco más de un mes después, el 2 de junio, se le bautizó por segunda vez en Alesanco. El padre, hidalgo reconocido en este pueblo, sabía lo que hacía al forzar un segundo bautismo, pues la transmisión de la hidalguía sólo era posible en la pila del bautismo –era un derecho “pílongo”–, por lo que el hidalgo se valió de su amistad con un clérigo, para, “en ausencia del cura párroco” –así reza la segunda acta de bautismo–, celebrar de nuevo el sacramento a sabiendas de que este acto era y es canónicamente inaceptable.



Carlos III (1759-1788) fue primero rey de Nápoles y Sicilia. En 1736, concedió el título de marqués a Somodevilla. Ya rey de España, le permitió volver a la corte, de la que lo desterró definitivamente en 1766.

Así Ensenada podría ser hidalgo, pero nació en cuna humilde –había muchos hidalgos jornaleros en La Rioja– y además quedó huérfano a los diez años. Poco después, salió de Santo Domingo de la Calzada, donde quedaron su madre y sus hermanos, y ya no sabemos de él hasta que lo encontró el intendente Patiño, futuro ministro, en Cádiz, sirviendo en la Marina. Ni pisó una universidad, ni tuvo más instrucción que las primeras letras que aprendió en el claustro de la catedral de Santo Domingo; él mismo dijo muchas veces: “me he criado en la Marina”.

Pero don Zenón era así. Pequeño de estatura, agraciado, simpático y jovial, oía más que leía, tenía ese carácter abierto y franco para la amistad, que todavía caracteriza a los riojanos. Era tesorero y astuto, pero no desconfiado. Llegó a ser inmensamente rico y sobresalió siempre por el lujo de su atuendo y de su casa, pero no fue un atesorador, ni permitió la adulación. Fue siempre magnánimo con quienes le sirvieron, quizás porque supo que una buena bolsa era un seguro de fidelidad. Pero nunca cayó en el nepotismo: “no saca la cara por sus parientes, ni hasta ahora ha hecho por ello cosa alguna”, le dijo el padre Rávago al cardenal Portocarrero. Fue adicto al “brazo jesuítico”, pero un pasquín decía: “Parecía buen católico, pero no se le conoció confesor”.

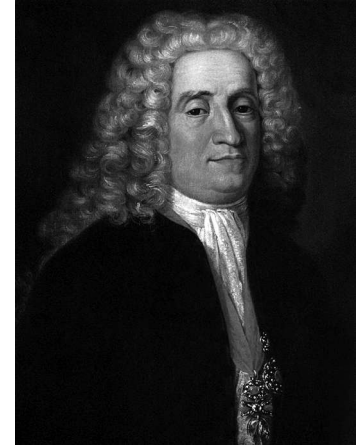
Con Patiño y luego con otro futuro ministro, Campillo, el joven Somodevilla recorrió los arsenales de la Marina –Ferrol, Cartagena, Cádiz, Guarnizo– mientras iba ascendiendo en la carrera administrativa: oficial segundo, oficial primero, comisario de matrículas de la costa Cantábrica, comisario real en Cádiz, contador en Cartagena y Ferrol. En 1732, dirigió los preparativos de la toma de Orán, la plaza que había caído en poder de los ingleses en 1708. Somodevilla fue felicitado por su labor, pero sobre todo, la empresa de Orán le permitió conocer a algunos militares que serán sus amigos y valedores en el futuro, entre ellos el duque de Montemar, el capitán general que mandaba la escuadra de Orán y que mandará la que, en 1733, trasladó al futuro Carlos III a Italia con el fin de conquistar el trono de Nápoles. En la escuadra viajaban el intendente general Campillo y el comisario ordenador, Somodevilla, quien destacó de nuevo por sus cualidades organizativas en la intendencia, el pago de salarios, la recluta, etc.

El infante Carlos fue coronado en la catedral de Palermo como Carlos VII de Nápoles y III de Sicilia y, en agradecimiento a los servicios prestados por el joven Somodevilla, le hizo marqués de la Ensenada en 1736, seguramente, jugando con una expresión con la que él habitualmente se refería a sus orígenes humildes:

“En sí nada”. Un año después, el flamante marqués era recibido por Felipe V e Isabel Farnesio en Madrid, que le encomendaron la secretaría del Almirantazgo, un organismo creado para adornar al infante Felipe, al que había que colocar en un trono (que finalmente quedó en el ducado de Parma).

Por estos años, Ensenada conoció a muchos de los que luego integrarían la “farándula de don Zenón”, las célebres “hechuras zenonicas”, entre ellos a su íntimo Agustín Pablo de Ordeñana, un intelectual que llegó a polemizar con el mismísimo Feijoo, y a su leal oficial en la Marina, Alonso Pérez Delgado. También se convirtió en el cortesano adulator de los reyes, especialmente de la reina Isabel Farnesio, una mujer culta, resuelta y mandona, que gobernó España con mano férrea y que llegó a conocer los entresijos de la política exterior, en la que jugó la baza de sus hijos a base de matrimonios ventajosos. Es entonces cuando Ensenada empezó a “hacer figura” en la corte y cuando conoció al recién llegado Farinelli, del que diría después que sentía por él “más que amistad”. El embajador francés dijo del joven Ensenada que era “apreciado en la corte entre las damas”, el entorno femenino de la reina, y le auguró un éxito rápido: “aspirará a puestos elevados disputándose los a los grandes”.

En 1740, de nuevo bajo el mando del general Montemar, Ensenada salió de España para la campaña de Lombardía. Había estallado la guerra en Europa, una vez más. Se trataba de recuperar para el infante las posesiones italianas de Milán, Parma y Toscana, pero en realidad, España iba a la guerra por la alianza suscrita en 1733 con Francia, el llamado Pacto de Familia. Ensenada conoció entonces de cerca el gasto que suponía movilizar un gran ejército de tierra, que además era derrotado una vez tras otra. A veces, se culpaba a los franceses, que a menudo ocultaban a España sus maniobras diplomáticas de cara a una futura paz, en la que Ensenada ya sabía que las pretensiones españolas apenas contarían. Ensenada aprendió a desconfiar, mientras iba conociendo el arte de la diplomacia, en el XVIII puro maquiavelismo. Presenció con disgusto la destitución de Montemar, pero le alegró que fuera sustituido por el marqués de la Mina, de quien Ensenada fue ya íntimo amigo toda la vida. Y en esas circunstancias, le llegó la noticia más inesperada de su vida: los reyes de España le hacían ministro.



José Patiño (1666-1736), ministro de Felipe V, gran impulsor de la Marina, formó a toda una generación de futuros gobernantes, como Campillo, Banfi, o el propio Ensenada.

ENSENADA, MINISTRO DE CUATRO SECRETARÍAS

La muerte repentina de José Campillo el día de Jueves Santo de 1743 produjo un gran nerviosismo en la corte, pues no era fácil encontrar sucesor. Isabel Farnesio recordó a Ensenada; quizás fue ese “círculo femenino” el que sugirió a la reina que “nadie estaba más enterado que don Zenón de los proyectos y pensamientos de Campillo, ni era tan a propósito para el desempeño”, como dijo la marquesa de Torrecuso. También medió la marquesa de Salas, mujer “liviana”, confidente de Ensenada, de la que dijo: “para mujer y enamorada no la quisiera, pero sí para amiga”. Pero Isabel Farnesio era una mujer que vivió para sus hijos y, sin duda, recordó los servicios de Ensenada a su adorado Carlet, que le había hecho marqués en Nápoles, y a su no menos querido Pippo, del que era ahora su secretario. También la reina sabía que Ensenada compartía con los difuntos Patiño y Campillo y con ella misma un pensamiento clave: defender América, objetivo prioritario, lo que sólo era posible con una armada poderosa. Isabel Farnesio siempre temió perder las Indias. Muchos años después, todavía sospechaba que Francia e Inglaterra se acabarían entendiendo para repartirse “la capa del justo”, es decir, el Imperio Español.

Ensenada recibió el nombramiento en Chamberí, entre sus amigos del ejército, al lado de su fiel Ordeñana. Afectó estar abrumado –de nuevo el “En sí nada”–, contestó rechazando el cargo –era obligatorio mostrar humildad ante los reyes–, dijo que nada entendía de Hacienda, pero se puso en camino inmediatamente, sin detenerse, hasta postrarse ante los reyes en Aranjuez. Allí volvió a ver a sus grandes amigos, especialmente a Farinelli y al marqués de Villarías, don Sebastián de la Cuadra, secretario de Estado, el más encumbrado del partido de los vizcaínos, como se llamaba en la corte a los muchos oficiales y cargos que tenían esa procedencia. Ensenada era uno de los ellos por sus amistades, como el bilbaino Ordeñana, o el preceptor del príncipe, Arizaga.

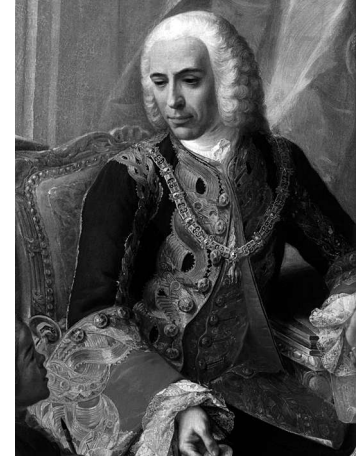
A cargo de cuatro ministerios –Hacienda, Marina, Guerra e Indias–, Ensenada tenía muchos proyectos, pero la guerra los hacía inviables. Hacienda había quebrado hacía unos años: “ni para el prest de un soldado había cuando llegué al ministerio”, dijo luego Ensenada. Muchas rentas de la Corona estaban enajenadas, administradas por la nobleza o por ricos comerciantes, mientras España debía contribuir en hombres y dinero a la alianza de familia. Ensenada sólo pudo ser por ahora un

buen cortesano y soñar con una gran monarquía: “Porque rica, la Monarquía será respetada de todos, y pobre, de todos será despreciada”, diría luego al rey.

Tres años después, la muerte de Felipe V, en 1746, permitió al fin que el primer Borbón nacido en España llegara al trono. Antes había reinado, pero brevemente Luis I, y también concitó grandes ilusiones; pero ahora llegaba Fernando VI, el príncipe que encarnaba a una nueva generación. Con Fernando entraba en el gobierno José de Carvajal y Lancáster, un noble por los cuatro costados, en el que la reina Bárbara de Braganza había depositado toda su confianza, incluso apelando a la “sangre portuguesa” del ministro. Carvajal y Ensenada inspiran las primeras declaraciones de Fernando VI: el rey no quiere guerra, “paz con todos”, dijo, tras deplorar las guerras que habían padecido sus súbditos durante los 46 años de reinado de su padre. Pero Ensenada, que quiere la paz, no la quiere a cualquier precio y afirma: “Que conozcan las potencias extranjeras que hay igual disposición en el rey para empuñar la espada que para ceñir las sienes con oliva”.

Durante el primer año de Fernando VI nuevos hombres van componiendo el círculo de los reyes, mientras se arrincona a la reina viuda, que al final será obligada a vivir en San Ildefonso durante todo el reinado. Ensenada pronto llega a hacerse con la secretaría particular de la reina Bárbara, lo que unido a su amistad con Farinelli y con el nuevo confesor, el padre Rávago, le va permitiendo una relación cada vez más estrecha con el rey. Al principio, Carvajal fue el “hombre fuerte”, pero Ensenada acabará siendo “el secretario de todo”, como le denominó su gran amigo el padre Isla. Todavía, sin embargo, Ensenada sólo podía ser el que pagaba la guerra y el que soñaba con una armada fuerte que frenara la expansión inglesa en América. Mientras la guerra durara, sólo se podía esperar.

Al fin llegó la paz. El tratado de Aquisgrán, firmado en 1748, fue en realidad poco satisfactorio para España, pues no logró quitarse la “espina”, como Carvajal llamaba a Gibraltar y a Menorca, en manos de los ingleses. Carvajal era un “genio vinagre”, como él mismo se definía, de carácter hosco y excesivamente recto: sus amigos le decían “serías mejor si no quisieras ser tan bueno”. Don José profirió mil insultos contra los ingleses, pero sobre todo, contra los franceses, por haber hecho una paz mirando sólo por sus intereses; Ensenada, sin embargo, conocía perfectamente la doblez y aceptaba las reglas del juego, pues él mismo las utilizaba. Al final, Carvajal también se dio cuenta de que lo importante era la paz, por lo que exclamó: “la paz nos deja hábiles de hacer prodigios si supiéramos”.



José de Carvajal, ministro de Estado con Fernando VI. Noble y universitario, compartió el gobierno con Ensenada. Su muerte en 1754 permitió que prosperara la conspiración contra Ensenada. Por su rectitud y su manera tajante de negar favores era conocido por el mote “El tío no hay tal”.

EL PROYECTO ENSENADISTA

Llevaba razón Keene: Ensenada estaba llenando los cofres del rey y reactivando la construcción naval. Pero Ensenada, ministro de cuatro secretarías, tenía algo que los demás ministros no habían tenido: una red de colaboradores entregados a la causa, desde espías y banqueros, a hechuras y creaturas controlando todos los centros neurálgicos del poder. Y además una estrategia a largo plazo, que el marqués cifró en ocho años. Había todo un proyecto político. Su objetivo material era la Marina, pero conseguir los medios para reforzarla exigió un planteamiento general de la situación de España, tanto en su interior como en el ámbito de las relaciones entre las naciones europeas.

La estrategia era simple y había sido ya expuesta por Campillo en varias obras impresas. Durante todo el siglo XVIII, el primer objetivo de Inglaterra fue romper el monopolio americano, lo que sólo era posible debilitando la alianza franco-española en los dos frentes que la hacían poderosa: en el continente, mediante alianzas que frenaran al ejército francés, el mejor de Europa; en el mar, venciendo a la marina española, la única que podía hacer frente a la inglesa. Logrando sobre todo el segundo objetivo, España no podría mantener el imperio americano.

Ensenada pensaba igual. Conocía la superioridad de Inglaterra en el mar y sabía que hacía falta tiempo y dinero para estar a su altura. España debía construir más de cien barcos artillados en ocho años. Mientras tanto, a España le convenía “la paz a la espera”, “la guerra sorda”, como el marqués definió al periodo de rearme, es decir, no entrar nunca en combate con la marina inglesa y mantener la alianza con Francia. Desde Patiño al conde de Aranda, todos los ministros españoles supieron que un Trafalgar sería el final de todo y consiguieron evitarlo, o mejor posponerlo, pues Inglaterra, en la cima de su revolución industrial, no podía mantener su desarrollo sin abrir nuevos mercados y sin cambiar de raíz el sistema de explotación colonial, lo que equivalía a “reinar en los mares”. Para ello era necesario destruir la Armada española y acabar con el imperio español.

Pero Ensenada no era sólo un ministro de Marina. Durante el periodo de rearme naval, España debía aceptar el juego de la “Europa de las naciones”, olvidar su orgullo imperial, convertirse en la “España discreta” que acepta la nueva realidad política basada en un desarrollo inusitado de la diplomacia. Había que estar en

las mesas de negociación, pero además había que desarrollar una nueva diplomacia, la visible –en manos de Carvajal– y la de los *cabinets noirs*, es decir, la del espionaje, en manos de un maquiavélico Ensenada. En pocos años, el ministro logró crear la red de espías más importante desde tiempos de Felipe II. Se decía de él que conocía mejor la corte de París que los propios cortesanos ...y es que tuvo información hasta de la Pompadour. La embajada española en París fue un nido de espías, pero también lo era el Nápoles ilustrado de Carlos III y Tanucci, y el Madrid de la neutralidad, un Madrid nuevo que empezaba a deslumbrar por sus nuevos edificios, por tener el mejor teatro de Europa –según dijo el propio Keene– y por albergar una corte tranquila en apariencia, con un rey que creía en su papel de hombre de paz, amigo de Inglaterra y amigo de Francia. Carvajal, erasmista y pacifista, estaba entusiasmado proclamando al mundo que España era el fiel de la balanza entre dos países rivales, Francia e Inglaterra.

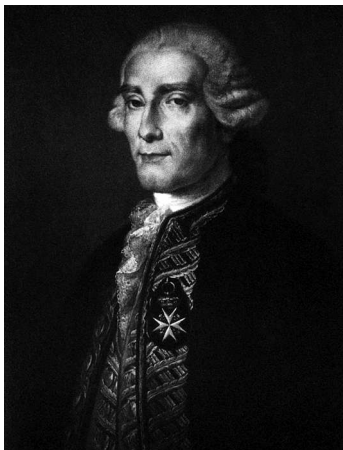
A Ensenada le convenía esa versión y contribuía a divulgarla. Pero continuaba con su idea de “paz a la espera”, “en secreto y sin hacer ruido”, sin abandonar otro proyecto básico que Keene también había advertido: “llenar los cofres del rey”. No había en don Zenón ni un atisbo de “política social” cuando pensaba que “cada uno debe pagar por lo que tiene”, la máxima política bajo la que ordenaría el Catastro. Antes al contrario, Ensenada lo explicaba así: “el rey sólo será rico si lo son los súbditos y si éstos contribuyen en proporción a su riqueza”. El objetivo del ministro era evidente y lo consiguió, pues a la muerte de Fernando VI, las arcas de la Monarquía Hispánica estaban llenas. “Las monarquías bien gobernadas cuidan con preferencia a todo del Real Erario y de que los vasallos no sean pobres”, le había dicho Ensenada al rey en una de sus célebres “representaciones”.

Como todos los ministros anteriores, Ensenada conocía el desbarajuste de los impuestos, lo que hacía que la monarquía fuera pobre. Muchas rentas de la Corona iban a parar a nobles e intermediarios, por lo que el sacrificio de los pueblos no repercutía en una Hacienda saneada. Lo primero que hizo Ensenada fue abolir las rentas provinciales. Temió una dura reacción, pero no pasó nada. Él mismo se extrañó. En adelante, decretaría nuevas medidas, como fijar la amortización de los juros, a la vez que ponía en marcha el Catastro pensando en aplicar luego la Única Contribución, un cupo para cada pueblo proporcional a la riqueza catastrada, entre la que se valoraba ya el trabajo, los salarios, además de la propiedad, una anticipación de décadas en la práctica fiscal de las monarquías europeas.

La operación de catastrar las Castillas era de tal envergadura que hubo que importar papel. Por fin se iba a saber cual era la riqueza de España, pueblo a pueblo, vecino por vecino. Obviamente, todas las reformas hacendísticas partirían de esa base en el futuro. Sabemos que fracasó el Catastro; también Ensenada supo pronto que su proyecto era irrealizable, pues no había capacidad técnica. Pero a pesar de eso, continuó la labor, dejando el más valioso documento de la Edad Moderna en Europa. No lo hizo por esa razón, evidentemente, sino por lo que él mismo confesó a su amigo el cardenal Valenti Gonzaga, secretario de Estado del Vaticano: “No hay para mi cosa más dolorosa que mudar de concepto ya antiguo, porque lo que es efecto de la razón se suele atribuir a inconstancia del animo”.

Pero, además, Ensenada creó otro instrumento de cuyo resultado también se sorprendió: el Real Giro, un banco para hacer pagos en el exterior que evitaba intermediarios. Luego fue más que eso: la manera de pagar espías, comprar lo que hiciera falta, sobornar a quien fuera, incluso en las altas esferas, desde el nepote del Papa a periodistas extranjeros que difundieran en sus gacetas lo que el ministro quería. El Giro fue también la fuente de financiación de operaciones de espionaje industrial y el medio de mantener el brillo de las embajadas y consulados españoles en toda Europa.

Mientras, los planes secretos de la Marina se ponían en marcha. Había dinero; ya no había que pagar soldados. Ensenada decía que estaban mejor “en los campos, cultivando y procreando”. España necesitaba aumentar su población; sólo tenía 8 millones de habitantes. Para mano de obra en los arsenales bastaría con levas de vagos, delincuentes, gitanos. En las colonias, se utilizaría mano de obra casi esclava –recordemos que la esclavitud estaba prohibida en la América española–, a la que se le daba poco más que la comida, pues como Ensenada decía “esa gente es de poco coste”. Con los gitanos, Ensenada mostró su peor bilis. La crueldad de sus leyes, la redada con la que quiso acabar “con tal malvada raza”, el trato inhumano a hombres, mujeres y niños queda en los anales como la peor persecución desatada contra los gitanos españoles. Los hombres, apresados en cualquier lugar, debían ir a los arsenales, las mujeres y niños a casas de misericordia, donde trabajarían. Ensenada separó hombres de mujeres para evitar la procreación –“la generación”, dijo él–, pensando que este método les exterminaría. Para ello, incluso recurrió a la Iglesia, para que impidiera a los gitanos refugiarse en sagrado, lo que consiguió gracias a sus excelentes relaciones con los obispos y con el “brazo



Jorge Juan (1713-1773), matemático, marino, espía, íntimo de Ensenada. Caballero de Malta, fue con Carlos III el primer embajador de España en Marruecos.

jesuítico”. Sólo su caída, en 1754, atenuó el rigor y los gitanos fueron saliendo de los presidios, donde acabaron muchos por negarse a trabajar en los arsenales a pesar de los crueles castigos a los que se exponían.

Había hombres y dinero en los arsenales, pero faltaba técnica. Ensenada era consciente de que el sistema de construcción español era excelente para la carga y las maniobras defensivas en grandes flotas, pero no proporcionaba la agilidad de combate que tenían los barcos ingleses. Como en tantas cosas, Ensenada lamentaba el estado de atraso de la técnica en España. “Somos ignorantísimos”, decía. Pero por eso mismo, pensó que había que recurrir al extranjero para aprender. Y lo hizo. Ensenada diseñó verdaderas operaciones de espionaje industrial, y no sólo para reactivar la marina. Embajadas y consulados eran constantemente obligados a enviar información, máquinas, libros... Así, llegaron instrumentos de óptica, de medicina, una imprenta, telares mecánicos, con destino al hospital de cirugía de Cádiz, al Observatorio astronómico, o a los particulares. Con los instrumentos científicos, muchas veces llegaban los mejores maestros, científicos y técnicos atraídos por los sueldos espléndidos ofrecidos por Ensenada. El propio Linneo fue tentado para dirigir la Academia de Ciencias que se pensaba erigir en Madrid, mientras Carvajal recibía el primer volumen de la Enciclopedia, que sólo se prohibió en España tras la muerte de Fernando VI.

Pero la operación más famosa fue la que protagonizó Jorge Juan, marino, matemático y desde luego, hombre de acción. El gran amigo de Ensenada se infiltró en los mismísimos astilleros londinenses de la Royal Navy. Envío desde Londres toda clase de información –por ejemplo, la partida de los primeros colonos a la islas Malvinas (Falklands)–, pero además, consiguió un plano y una maqueta, pieza a pieza, de un navío inglés artillado, que serviría de base para la construcción de los nuevos barcos. Y todavía más: Jorge Juan logró traer a España a los mejores ingenieros navales ingleses. Precisamente, cuando intentaba embarcar a sus familias fue descubierto por la policía inglesa, que ya iba tras sus pasos. Se escondió en un carguero de Santoña y logró pasar el canal. Jorge Juan ya no pudo volver al espionaje, pero en los arsenales españoles trabajaban ya Rooth, Mullam, Birth, Bryant, etc. y él servía al marqués allí donde hiciera falta. Lo mismo hacía Antonio de Ulloa, que recorrió Europa hasta Suecia, aún con más amplios cometidos. En adelante, la embajada en París llegaría a ser una oficina de apoyo de decenas de estudiosos de todas las ciencias y técnicas que

iban a estudiar –espíar– en el extranjero, así como una oficina de contratación de sabios con destino a España.

A la altura de 1752, los planes del marqués estaban en su apogeo. Por más que quisiera mantener el secreto, los espías ingleses lo sabían todo. Además, Keene ya no podía confiar en la debilidad marinera, pues Ensenada había decretado la Matrícula del Mar, un sistema de reclutamiento forzoso de pescadores y marineros de carga de bajura en caso de necesidad, y había promulgado unas nuevas Ordenanzas de Marina, una reorganización profunda de la Armada que tenía en cuenta las necesidades de los marineros, los sueldos, la carrera de la oficialidad y hasta las fuentes de abastecimiento de jarcias, cordajes, hierro y maderas, creando las primeras leyes de repoblación de bosques e impulsando las fábricas reales al servicio del ejército, por ejemplo, la de paños de Ezcaray o la de cáñamos, linos y vitres de Cervera del Río Alhama, etc.

A los barcos que se construían en Ferrol, Cádiz y Cartagena, el proyecto ensinadista añadió los que se iban a botar en La Habana y en el astillero de Guarnizo, a cargo de un particular, don Juan Fernández de Isla, un gran hombre de negocios ganado por el marqués a la causa. Hasta ocho barcos encargó Ensenada a Isla, que además, estaba poniendo en marcha las ferrerías vascas y las fábricas de armamento del norte. Isla y Ensenada activaron la minería del Cantábrico, pues confiaban en las cualidades del hierro vasco y emplearon ya el carbón para la fundición, mientras Solano, Enriquí y otros químicos –los antecedentes de los Del Hugar- espiaban en Europa el “arte de compactar metales”, es decir, las técnicas de construcción de cañones, que es por lo que los dos ilustres hermanos riojanos fueron enviados a Europa, a espíar...



El Marqués de la Mina (1690-1767), capitán general de Cataluña, gran amigo de Ensenada a quien apoyó en proyectos como la formación de las milicias nacionales, o el Catastro.

LA CONSPIRACIÓN

Era imposible ocultar el Babel de los arsenales, con holandeses expertos en lonas y jarcias, maestros de construcción naval ingleses, italianos, irlandeses, maderas traídas del Báltico, acero sueco para el armamento, . . . lo que empezaba ya a preocupar a Inglaterra. Pero también empezaban a producir malestar algunas reformas enseñadistas. El Catastro había obligado a la nobleza a justificar sus propiedades. Muchos pueblos vieron en el Catastro la posibilidad de librarse de tributos señoriales cuyo origen no estaba justificado. Pequeños labradores y artesanos confiaron tanto en la reforma fiscal que llamaron al Catastro “polilla del hacendado, remedio del necesitado”. Por otra parte, el concordato, que Ensenada lograba del Papa en enero de 1753, ponía en cuestión algunos privilegios de los grandes, entre ellos, los del duque de Alba, entonces mayordomo de Fernando VI, al que vestía y desnudaba todos los días. Pesaba también todavía la reforma de las Casas Reales decretada por Ensenada, que había reducido algunos puestos servidos por los Grandes y abolido los dobles sueldos y otros gajes de la nobleza cortesana. Algunos nobles incluso dimitieron de sus tradicionales empleos, como protesta, y no se lo habían perdonado al hidalguillo medrado, al Ensinada, al Adán (al revés, nada), en fin, a un plebeyo que estaba en la cúspide del poder y que se había permitido tocar los privilegios de las más importantes familias del reino. Ensenada empezaba a ser para los Grandes “el Gran Mogol”.

En el ejército también había alguna voz disonante, pues algunos generales de tierra se consideraban marginados ante el proyecto de la Armada. Incluso algunos eclesiásticos vieron que las cosas iban demasiado lejos y que con arreglo a un concordato tan regalista, cada vez estaba más cerca el día en que la Iglesia tuviera que pagar impuestos, mientras el rey se reservaba nada menos que el Patronato Universal de su Iglesia. Aunque todos conocían que Carvajal y Ensenada eran opuestos, nadie había osado fomentar la discordia, pues conocían a don José, enemigo de hacer mudanza y en el fondo, admirador del marqués; pero el duque de Alba, mayordomo del rey, era más que un amigo de la familia de Carvajal y a él todo le estaba permitido. También Ricardo Wall tenía confianza plena con el ministro de Estado, que le había nombrado embajador en Londres y se carteaba con él semanalmente. El viaje que hizo Wall en la primavera de 1752 a la corte aumentó la amistad entre ambos. El embajador, además, fue nombrado teniente

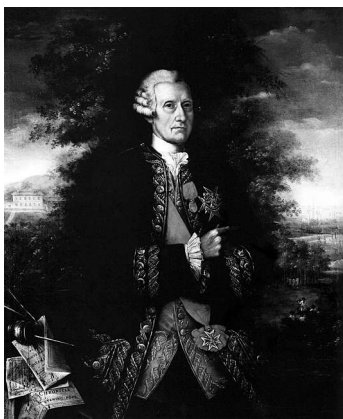
general por el rey -sin conocimiento de Ensenada- y causó una grata impresión en la corte, especialmente a la reina. Entre Wall y el duque de Alba había también, de antiguo, una gran amistad.

Las críticas contra Ensenada en la domus regia empezaron por su concepción de la política exterior, tildada ya de ofensiva y cada vez más favorable a Francia y por tanto, peligrosa para Inglaterra. La férrea neutralidad mantenida por Carvajal y por el rey podía resentirse si los planes de rearme naval de Ensenada seguían adelante, pues cada día era mayor el riesgo de una ruptura entre Inglaterra y Francia. Los rumores en el Madrid de la neutralidad se agigantaron cuando llegó el nuevo embajador francés, el duque de Duras, un hombre orgulloso y con pocas dotes diplomáticas que aireaba los secretos ensenadistas como victorias del “partido francés”. Ensenada comenzó a intuir que “la tempestad va a romper”, mientras Carvajal se volcaba en atenciones con los ingleses, que esgrimían constantes protestas diplomáticas a través de Wall.

Una de ellas era el asunto de Campeche, la zona que los ingleses habían colonizado ilegalmente con objeto de extraer el palo de tinte, necesario para sus fábricas de algodón de Manchester o Londres. Los ingleses estaban fortificando algunos puntos cerca de los bosques de palo, lo que iba contra la ley. Carvajal se detenía en las protestas diplomáticas, pero empezó a sospechar que Ensenada estaba concibiendo un plan para expulsar militarmente a los ingleses de Campeche.

Ensenada, en efecto, pensaba en una operación militar a pequeña escala, pero la iba a acompañar de un plan comercial. Se trataba de que España cortara el palo y lo trajera a Cádiz, donde se les vendería a los ingleses. Pero para echar a los ingleses de Campeche, era necesario mostrar fuerza militar y apoyo naval. Keene, que también estaba en el secreto, sabía que los cortadores de palo ingleses vulneraban la ley, pero también que Ensenada no osaría presentarle el plan bélico a Fernando VI, orgulloso de su excelente relación con el rey de Inglaterra, por lo que tendría que dar órdenes sin el real consentimiento. Efectivamente, así fue. Keene se reservó esta carta decisiva que sólo emplearía en caso necesario. Antes, los enemigos del marqués fueron moviendo otros hilos.

Cuando la conspiración contra Ensenada estaba fraguando, murió Carvajal, el 8 de abril de 1754. En realidad, el recto don José había parado desde 1752 todos los golpes, pues sabía que la caída de Ensenada produciría una gran inestabilidad; además, conocía la fuerza de los ensenadistas. Sin Carvajal, los rumores en la corte



presentaban ya al marqués como “el Gran Mogol”, el hombre que tenía todo el poder en sus manos, un valido como Olivares o Lerma. Tanto poder le otorgaron que se rumoreó que quería suceder a Carvajal por medio de su hechura Ordeñana, lo que Ensenada sabía que no podía hacer, pues conocía a la perfección los movimientos de Alba, Wall y Keene. Algunos como Valparaíso, con el que contaban los conjurados, eran íntimos del marqués y le advertían. Pero los ensenadistas no supieron moverse y la solución la impuso el rey: para suceder a Carvajal, eligió interinamente al hombre con el que convivía durante todos los días, su mayordomo, el duque de Alba.

Alba había desempeñado varios cargos diplomáticos, pero se le conocía por ser de poco trabajo. Valía para conspirar –y lo hizo al principio del reinado a favor de sus amigos Carvajal y Ensenada y para derribar el “árbol farnesiano”-, pero no para desempeñar una secretaría como la de Estado. Por eso, al mes, dejó el ministerio a Ricardo Wall, El Dragón, el hombre que había deslumbrado a la corte en 1752, y que a pesar de su apellido irlandés, en realidad había nacido en Nantes y había servido desde muy joven a Felipe V en el ejército español. Ensenada también le conocía de antiguo, de sus tiempos en el ejército; no tenía ninguna confianza en él, pero tuvo que afectar buenas relaciones.

Con Wall en Madrid, Alba y los que iban a suceder a Ensenada, Valparaíso, Arriaga y Eslava, empezaron a sembrar dudas cerca de los reyes sobre el comportamiento de Ensenada. Se trataba de romper el círculo de confianza establecido por Farinelli, la reina, Rávago y Ensenada. Cada día, hablaban a los reyes de alguna de las “maquiaveladas” de Ensenada. No obstante, el rey se mantenía fuerte. Confiaba en un hombre con el que jugaba por la noche al biribís, sin peluca, y que le convencía de que todos hablaban en la corte de los prodigios de su reinado. El propio Feijoo, a quienes los reyes reverenciaban, había dedicado a Fernando VI una de sus Cartas eruditas, en la que escribió: “Sé que el régimen que hay ahora es el que nunca hubo. Así se ven los efectos del cual en España nunca se vieron”. Y añadía retóricamente: “Pero ¿cómo se hace todo esto? ¿con qué caudales? Ésta es la grande maravilla del reinado de Vuestra Majestad”.

Pero había muchos cabos sueltos. El tratado firmado con Portugal sobre los límites en Paraguay era papel mojado. En realidad, los dos países estaban casi en guerra por la defensa de los jesuitas de sus misiones. La reina comenzó a ceder a las presiones, pues sospechó que Ensenada le ocultaba detalles del conflicto. Incluso

Voltaire frivolisó sobre el asunto, pues hizo notar con socarronería que los jesuitas confesaban al rey de España en Madrid y le hacían la guerra en el Paraguay. El rey cada día estaba más sombrío, pero no era capaz de tomar una decisión. En este momento, Keene jugó su carta. Escribió a su corte informando que Ensenada había dado órdenes de “atacar” en Campeche, lo que motivó una protesta inmediata ante la embajada española, recibida por Abreu, el encargado de la embajada que había dejado Wall en Londres. Abreu tuvo que escribir también urgentemente informando de las protestas inglesas y del motivo: allí estaba la palabra “atacar”, la que iba a sorprender al rey, que diría tras serle leída la carta “Estábamos en guerra sin saberlo”. Ensenada era reo de traición al rey.

Durante todo el día 20 de julio Ensenada sabía que la conjura había entrado en su recta final. Sabía que habían conseguido el pláacet de la reina, pero todavía quedaba el rey. Intentó verlo y no pudo. Le salió al paso cuando volvía de la caza y adivinó por el semblante del rey lo que podía ocurrir. Abatido, se fue a su casa de la calle del Barquillo y esperó. Pensó que su exoneración sería como la de los anteriores ministros que él había visto caer: se les quitaba del servicio y se les dejaba en la corte “sin hacer figura”. Era lo que había previsto en su carteo con su amigo Valenti Gonzaga: “yo, en un accidente seré nada”, de nuevo jugando con el Nada, el Adán, el En sí Nada. Pero él era ya un hombre rico, mayor –tenía 52 años–, gozador de los bienes de la amistad, colmado de mercedes, sanjuanista, calatravo, Toisón de Oro; tenía sueldos por toda clase de cargos y algunos los conservaría. Además, el rey solía dar una sustanciosa pensión a los que dejaban de servirle. En realidad, con Wall y Alba y tal y como estaba evolucionando la situación en Europa –en un año se declararían la guerra, la llamada de los Siete Años–, su situación no podía volver a ser la que fue antes de 1752.

Pero la “caída” no fue como esperaba; la orden del rey era arrestarle. A las doce de la noche, las guardias reales rodearon su casa y entraron a prenderle. Ensenada se vistió con su mejor traje, se mostró sereno y altivo al serle leída la orden: salir inmediatamente a Granada, donde se le daba por cárcel la ciudad. Ni siquiera un Sitio Real, un encargo lejos. Era un preso.

Nada más saberlo, Wall escribió a Keene: “Esto está hecho, mi querido Keene, por la gracia de Dios, el rey, la reina y mi bravo duque, y cuando leas esta nota, el Mongol estará a cinco o seis leguas camino de Granada”.

Keene escribió satisfecho a su corte: “no se construirán más barcos en España”.



Los “tres del conjuro”, el duque de Huéscar (de Alba desde 1755), Ricardo Wall y el embajador inglés Benjamin Keene. Sus maquinaciones con los reyes provocaron el arresto de Ensenada el día 20 de julio de 1754. Keene dijo que no volvería a ver a Ensenada hasta el valle de Josafat. Por su hazaña recibió de Su Majestad Británica la Orden del Baño. Wall nunca encontró pruebas de la traición de Ensenada, por lo que no obtuvo la confianza plena de Fernando VI. El duque de Alba se mantuvo en la corte hasta después del motín de 1766; luego abandonó la política.

EL ENSENADISMO RESISTE

La caída del marqués acarreó la de sus hechuras. “Allí van gimiendo y llorando los hijos de Adán”, decía un pasquín. Otros hablaban de “los tres del conjuro”, los victoriosos –Alba, Wall y Keene–, y de los perdedores, Rávago, Jorge Juan, Ordeñana, Banfi, Orcasitas, Pérez Delgado, el abate Facundo Mogrovejo, Nicolás Francia, etc.: era la rueda de la Fortuna. En las cortes europeas, todo el mundo se alarmó, pues atribuyeron a Inglaterra el éxito y lo creyeron previo a una nueva guerra. En París, el embajador Jaime Masones de Lima, se encerró en su casa, pensando que le culpaban también a él, acérrimo ensenadista, de la conjura. Muchos embajadores y personal de embajada, la mayoría ensenadistas, temieron por su carrera. Abreu pidió a Wall reiteradamente pruebas de la traición de Ensenada, las órdenes que presuntamente había dado el marqués; pero Wall nunca las encontró. Seguramente, Ensenada jamás las puso por escrito. “Sin que lo sienta el mundo”: era su forma de proceder en asuntos menos importantes, así que en algo trascendente, nunca hubiera cometido ese error.

Mientras, la vida de Ensenada en Granada era espíada, así como su correspondencia. Sumamente prudente, el marqués se presentaba todos los días ante el presidente de la Chancillería, con quien llegó a intimar. Por si acaso, para evitar rumores, dio orden de que ninguna mujer entrara en su casa. Con todo, algunos amigos como Jorge Juan le visitaron y con otros se carteo burlando a los espías de Wall y de Alba. En la corte, la principal ocupación de Wall y los ministros era tranquilizar al rey, que ya en septiembre estaba arrepentido de haber prescindido de Ensenada. Wall nunca llegó a ganarse su confianza. El Dragón era ante todo un militar, un hombre de poca conversación. Farinelli y Rávago se fueron eclipsando. El confesor aguantó un año hasta que fue sustituido por un hombre oscuro, que no entendía al rey. Farinelli acabó dejando la corte.

Llegaban muy malos tiempos para los reyes. Bárbara enfermó gravemente y murió en 1758. Un año después, el rey, que no pudo sobreponerse a la muerte de su esposa, moría en el castillo de Villaviciosa de Odón con la cabeza perdida, mientras Carlos III emprendía el viaje desde Nápoles. Ensenada, en el Puerto de Santa María –donde se había instalado con permiso regio–, cerca de su querido Cádiz, de los barcos y del arsenal de La Carraca donde empezó su carrera, celebró por todo lo alto la proclamación de Carlos III, de quien el padre

Isla esperaba una “feliz revolución”, tanto o más que don Zenón, que fue perdonado por el rey que treinta años antes le había hecho marqués.

Los enseñadistas volvieron a la corte. Ensenada besó la mano del rey en Aranjuez y volvió a lucir sus condecoraciones y sus lujosos trajes, aquellos que le hicieron replicar a Fernando VI: “Señor, por la librea del criado se reconoce la magnificencia del amo”. Además, volvió a su puesto de consejero y aún formó parte de la junta del Catastro, que Carlos III recuperó.

Sin embargo, eran otros tiempos, otra corte, llena de italianos como Grimaldi y Esquilache, los más próximos al rey. Ensenada no sabía moverse en ese nuevo mundo y Carlos III le hacía menos caso que a sus perros, según un reporte de la embajada inglesa, que le vigilaba estrechamente. La figura del marqués se oscureció hasta 1766 en que estalló el motín contra Esquilache y Carlos III hubo de confiar en un nuevo gobierno. Los nuevos hombres del rey eran muy diferentes a Ensenada: un joven y abillante abogado, Campomanes; un militar rudo y tozudo, el conde de Aranda, que se hacía ilusiones al frente de un partido aragonés; otro abogado, Roda, próximo al conde y al rey, un hombre oscuro y sinuoso, plenamente ganado por la conjura internacional antijesuita. Ensenada se hizo ilusiones de nuevo. Pensó que el rey le llamaría para sustituir a Esquilache, pero los nuevos hombres del rey vieron en él una víctima fácil antes que a un colaborador. Acusado de fomentar el motín con sus amigos y valedores los jesuitas, Ensenada se sorprendió al conocer que el rey no sólo no le hacía ministro, sino que lo desterraba a Medina del Campo.

Fue el final del político. Sólo y humillado en lo más profundo, don Zenón ni siquiera contestó a las demandas de consejo de muchos políticos que le consultaron durante su destierro. Tras dejar todos sus bienes al rey en el testamento, decía a todos que él ya no entendía de política y que sólo quería “vivir cristianamente y prepararse para gozar del Eterno”. Así sucedió el día 2 de diciembre de 1781.

Sus restos reposan en el Panteón de Marinos Ilustres, junto con los de los grandes héroes de la Marina española y los de algunos –pocos– que no fueron militares como él, entre ellos Jorge Juan, su gran amigo. La Armada reverencia a Ensenada. Desde entonces, siempre hay un buque que lleva su nombre. El anterior al actual, un destructor, fue objeto de un criminal atentado en 1981, que pudo ser la mayor tragedia en España, pues la tripulación –con más de 300 hombres– dormía y el barco estaba cargado con cientos de obuses; los astilleros de Santander



Un retrato menos conocido de Ensenada, en el que luce todas sus condecoraciones, entre ellas la Gran Cruz de Malta y el Toisón de Oro.

repararon en un tiempo record el boquete de tres metros que produjo la bomba en su casco acorazado. El parlamento riojano regaló a la tripulación una bandera de La Rioja, que el barco despliega en los días grandes. A su vez, la Armada regaló al parlamento la bitácora del anterior buque Ensenada.

La Rioja no ha olvidado a uno de sus hijos más leales y nobles. Hace seis años, con motivo del 250 aniversario de su nacimiento, Hervías y Alesanco celebraron la onomástica, ahora ya sabiendo que Zenón de Somodevilla y Bengoechea nació en Hervías, donde se le bautizó un 25 de abril de 1702: el hidalgo pobre y pronto huérfano que llegó a ostentar el Toisón de Oro, la máxima condecoración que un español puede recibir de sus reyes.

Por todo ello, ha sido un gran honor, Majestades, poderles presentar aquí, en la región que sigue recordando a uno de sus hijos más queridos, una semblanza del hombre que entregó toda su vida a dos nobles ideales: servir al rey y servir a España.

Muchas gracias.

Este libro se terminó de imprimir en Logroño
el 29 de septiembre de 2008,
con motivo de la Apertura del Curso
Universitario en España
a cargo de SS MM Los Reyes
Don Juan Carlos I y Doña Sofía.